

Javier Murcia Ortuño

Atenas: el esplendor olvidado



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Atleta en el gimnasio, procedente de un relieve (s. VI a. C.)
© ACI / Bridgeman
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Javier Murcia Ortuño, 2016
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2016
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-276-1
Depósito legal: M. 36.503-2015
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 13 Prefacio

- 17 Mapa del mundo griego en torno al Egeo
- 18 Mapa del Peloponeso y Grecia central
- 20 Mapa del Ática
- 21 Mapa de la Calcídica
- 22 Mapa del Helesponto

- 1. El oscuro pasado
- 23 La Atenas micénica
- 35 El fin de los palacios
- 40 El Ática, zona de refugio
- 43 Migraciones
- 48 Autoctonía
- 53 La Edad Oscura
- 64 El esplendor del siglo VIII
- 79 Sinecismo
- 85 El gobierno de la ciudad
- 90 El declive de Atenas en el siglo VII
- 92 El entorno de Atenas
- 102 El mundo de la nobleza ateniense

- 2. Legisladores y reformadores
- 123 Cílón
- 128 Dracón

- 131 Sacrilegio y purificación
- 135 Una aventura en ultramar: Sigeo
- 141 Una isla en disputa: Salamina
- 151 La Primera Guerra Sagrada
- 153 El arcontado de Solón
- 165 Clases y magistraturas
- 169 El Areópago y el Consejo de los Cuatrocientos
- 171 Leyes de Solón
- 180 Ostentación
- 183 Medidas económicas
- 188 Cohesión social
- 194 Publicación de las leyes

3. La tiranía

- 196 Tras el arcontado de Solón
- 200 Los tres partidos
- 206 El primer periodo de tiranía de Pisístrato
- 208 Muerte de Solón
- 216 Segundo periodo de tiranía
- 220 El largo exilio
- 225 Maratón y la batalla de Palene
- 228 El tercer periodo de tiranía
- 235 La política exterior de Pisístrato
- 246 La tiranía hereditaria

4. El arte y los dioses

- 260 El ágora
- 265 La Acrópolis
- 271 El Olímpico
- 275 Dioses y festivales. Las Grandes Panateneas
- 287 Otros dioses y cultos
- 298 La cerámica
- 324 La moneda

	5. El final de la tiranía
326	El mundo cambia
336	La muerte de Hiparco
343	La verdadera tiranía
349	¿Una edad de oro?
	6. Una nueva época
363	No hay vuelta atrás
370	La Revuelta Jonia
380	Maratón, de nuevo
387	El odio y el desprecio
395	Apéndice I: Lista de reyes y arcontes
398	Apéndice II: Los Pisistrátidas
403	Apéndice III: Los Filaidas
406	Apéndice IV: Los Alcmeónidas
412	Apéndice V: La gloria de los tiranicidas
418	Apéndice VI: Fuentes para la historia de Atenas
423	Notas
434	Bibliografía
439	Índice onomástico

A Javier, Inés y Gisela,
γλυκυτάτοις τέκνοις

Prefacio

Todas las ciudades tienen su momento de esplendor; en el caso de Atenas ese momento se sitúa, sin lugar a dudas, entre su victoria en Maratón sobre los persas y su derrota en la Guerra del Peloponeso a manos de Esparta; es decir, desde el 490 al 404 a. C., casi un siglo, en el que la ciudad fue el Estado más poderoso del mundo griego. Cuando visitamos Atenas, llevamos con nosotros una imagen idealizada que todos los hombres de Occidente, nutridos en las páginas de los autores clásicos, hemos creado sobre ese momento de su pasado. Es la Atenas de los héroes de Maratón y de Salamina; de Temístocles y de Pericles; es la Atenas de los templos, los gimnasios, las murallas y los puertos, adornada con innumerables estatuas de mármol y de bronce; es la Atenas del teatro y de las procesiones solemnes. Pero una visita, incluso superficial, a sus museos (el Cerámico, el del Ágora, el de la Acrópolis y el Arqueológico Nacional)

nos revela una historia más larga y compleja, pues dichos museos rebosan de materiales de épocas anteriores: objetos de bronce y marfil, joyas de oro y fayenza, piezas de una cerámica que conoció una difusión sin precedente en el Mediterráneo y esculturas monumentales con enigmáticas sonrisas. Son pruebas evidentes de que la ciudad de Atenas conoció un primer esplendor. También esta Atenas arcaica nos ofrece un puñado de hombres de gran interés, como el polifacético Solón, poeta y estadista en una sola pieza, o Pisístrato, el famoso tirano; las grandes familias que todos recordamos de la democracia, a las que pertenecían Pericles o Cimón, hundían sus raíces en aquellos lejanos tiempos, cuando una poderosa aristocracia dominaba la sociedad con modales soberbios y realizaba ostentosas exhibiciones de riqueza. Esta clase nobiliaria controlaba la administración del Estado, dirigía los diferentes cultos y era la patrocinadora de hermosas obras de arte; además había creado comportamientos sociales exclusivos y unos ideales de vida que nunca se iban a abandonar del todo durante la larga vida de la civilización griega.

La Atenas del arcaísmo ya era una ciudad especial: tenía bajo su control directo un amplísimo territorio en comparación con otras *poleis* cercanas, como Corinto o Tebas; contaba con amplias llanuras para el cereal, arcilla de excelente calidad, minas de plata (aunque solo al final de este periodo serán explotadas con provecho) y una numerosa población. En el resto de Grecia solo Esparta iba a poder estar a su altura, pero a costa de pagar un precio muy alto por su expansión, ya que se hizo sobre la conquista violenta. Además, Atenas extendía sus

miras más allá del mar por su conexión con Jonia. El Ática es una península, aislada en cierto modo del continente, que se proyecta de forma natural hacia el mar Egeo, avanzando como la proa de un barco en busca de las Cícladas y las costas de Asia Menor, en donde griegos de su misma estirpe se habían establecido desde el siglo X.

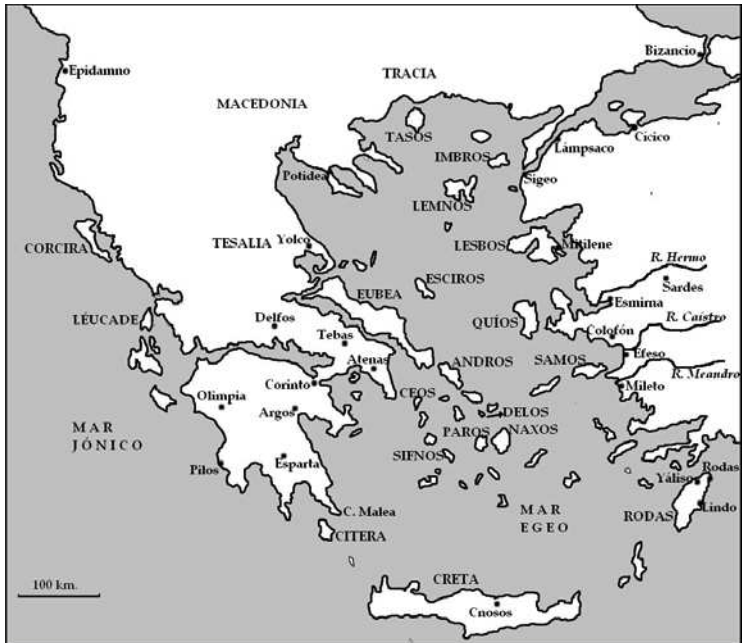
Es sorprendente que una ciudad que ha sufrido a lo largo de los tiempos tantos avatares y que ha sido habitada sin interrupción nos haya podido ofrecer tan abundante información: los numerosos restos arqueológicos van desde la época micénica hasta el final de la época arcaica, no solo en la propia ciudad sino en sus alrededores. Sin duda, el azar es, en buena medida, responsable de ello. Pensemos, por ejemplo, en el asalto de los persas en el 480, cuando los restos de muchas estatuas de la Acrópolis, que habían quedado rotas en el saqueo, fueron enterrados con cuidado en el suelo de la roca. Este triste hecho, sin embargo, fue providencial para la arqueología moderna, pues así se conservaron en buenas condiciones a la espera de su feliz encuentro con los arqueólogos.

Durante toda la época antigua Atenas se mantuvo relativamente indemne, frente a lo ocurrido con otras ciudades griegas; Tebas, por ejemplo, fue arrasada por Alejandro Magno, y Corinto fue destruida por el romano Mumio, por mencionar solo dos localidades cercanas que fueron también grandes ciudades y centros de cultura. En cambio, Atenas, como Plutarco comenta en el siglo II d. C., había sido una ciudad que se había salvado «de innumerables guerras y de muchas tiranías y sediciones». Curiosamente los desastres posteriores afectaron

más a los monumentos y obras artísticas de la época clásica que a los arcaicos que yacían ocultos bajo tierra; y entendemos como desastres la destrucción y el saqueo, la ocupación extranjera (por francos, catalanes, venecianos y turcos) y el expolio de todo signo desde que comenzó el afán de los coleccionistas de arte (y debemos remontarnos a los romanos). Pero cuando repasamos todas las cosas hermosas y curiosas que se han hallado en el suelo de Atenas y de sus alrededores, debemos reconocer no solo el azar caprichoso, sino el enorme celo y devoción de los primeros arqueólogos, que centraron en Atenas, la cuna de nuestra cultura, sus principales anhelos y empeños.

Javier Murcia Ortuño
Orihuela

Mapas



1. El mundo griego

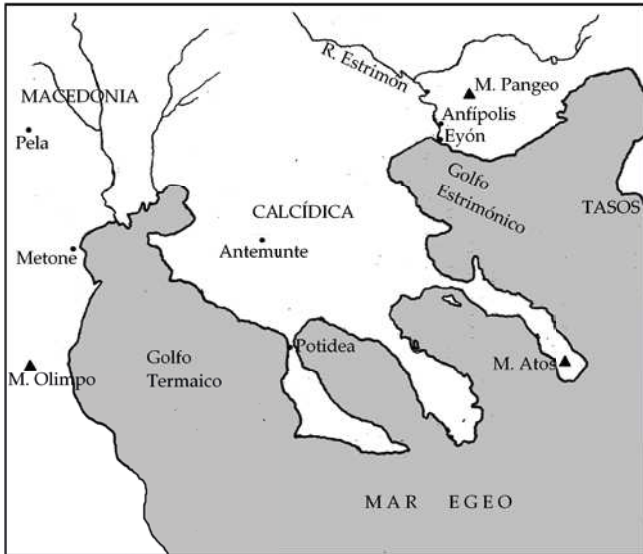


2. El Peloponeso y Grecia central





3. Ática



4. Calcídica



5. Helesponto

1. El oscuro pasado

Pues los acontecimientos anteriores, y los aún más antiguos, es imposible ciertamente conocerlos con precisión, a causa de la distancia del tiempo.

Tucídides, I, 1, 2

Solón, Solón, vosotros, los griegos, sois siempre niños: ¡un griego nunca es viejo!... porque no tenéis en vuestra alma ninguna opinión antigua, procedente de una vieja tradición, ni conocimiento alguno, canoso por el paso del tiempo.

Platón, *Timeo*, 22b

La Atenas micénica

Sobre la Acrópolis, junto al ala sur de los Propileos, todavía se pueden ver restos bien conservados de un poderoso muro. Es una peculiar construcción realizada a base de grandes piedras talladas con tosquedad que los atenienses del periodo clásico dejaron respetuosamente intactas dentro de la nueva estructura monumental que había proyectado Mnesicles para el acceso a la colina. Este muro de unos 20 metros de largo y 6 de ancho es para nosotros la prueba evidente de que en la Acrópolis

de Atenas se hallaba una gran fortaleza micénica¹. Sin duda, no era tan impresionante como la famosa Micenas, excavada por H. Schliemann en 1876, con sus imponentes murallas, pero podemos estar seguros de que en Atenas existió un centro palacial de similares características, políticas, sociales y culturales, aunque de modestas dimensiones. Estas murallas de la Acrópolis se han fechado en el Heládico Reciente IIIb (siglo XIII) y presentan especiales semejanzas con Tirinto, otro centro palacial micénico de gran importancia a tan solo 14 kilómetros al sur de Micenas.

Los griegos de la época clásica, como habían olvidado la existencia de la civilización micénica que les había precedido, consideraron aquellas construcciones, por su magnitud y su antigüedad, obra de pelasgos, o bien obra de cíclopes. Estos cíclopes no son los hijos de Urano, sino un pueblo procedente de Licia que se puso al servicio de los héroes legendarios para fortificar sus ciudades: al servicio de Preto en Tirinto y de Perseo en Argos. Dotados de una fuerza descomunal, son los responsables de esas construcciones que parecían exceder las fuerzas de los simples mortales. Por su parte, pelasgo es el nombre con el que los griegos se referían a los primitivos habitantes de Grecia anteriores a su llegada. Heródoto, el padre de la historia, cuenta que los pelasgos habían recibido tierras en el Ática en compensación por el muro que antaño circundaba la Acrópolis². Pausanias, el viajero griego del siglo II d. C., escribe:

En la Acrópolis, excepto la parte que mandó edificar Cimón, el hijo de Milciades, se dice que los pelasgos, que habi-

taron en otro tiempo al pie de la Acrópolis, rodearon el resto con un muro³.

Por entonces la colina de la Acrópolis era menos alta y escarpada, ya que fue en la época clásica cuando se levantaron fuertes muros de contención en las pendientes para sostener el material de relleno. Sobre la pequeña explanada de la cima se construyó el palacio del rey de Atenas, aunque no quedan restos apenas de dicho palacio. Los basamentos se aprovecharon posteriormente para la construcción de los templos; solo han aparecido dos basas de columnas muy dañadas que parecen corresponder al *mégaron* o sala principal del palacio. Aunque en un principio se consideraron bizantinas o incluso francas, fue el arqueólogo alemán Dörpfeld quien las relacionó con las murallas ciclópeas y las consideró parte del porche del *mégaron* del palacio micénico.

Parece seguro que además de la muralla que rodeaba la pequeña explanada de la roca había una fortificación secundaria en la parte baja de la colina, en la zona más accesible al oeste, que tendría como finalidad proteger los manantiales que afloraban al pie de la Acrópolis. Este muro recibió en tiempos clásicos por parte de los atenienses el nombre de «pelásgico» o «pelárgico». El primer término relacionaría este muro con ese primitivo pueblo de los pelagos, mientras que el segundo, que parece el más atestiguado en las fuentes literarias y epigráficas, significaría ‘obra de cigüeñas’ (en griego: *pelargós*), tal vez porque la cigüeña tenía algún tipo de significado simbólico con respecto a la Acrópolis. Ninguna evidencia de esta construcción ha sido hallada en las excavacio-